

# José Enrique Rodó

## ¿MI AUTOBIOGRAFÍA?

Sr. Pedro W. Bermúdez Acevedo.

Amigo de mi aprecio: Empezaré por confesar á Vd. que de todas las cartas que recuerdo haber recibido en mi vida, la que Vd. ha tenido la amabilidad de dirigirme, es acaso la que me ha puesto en mayor perplejidad. Expone Vd. en ella su deseo de que á la caricatura que se propone dar de mí en su jovial é interesante CARCAJADA, acompañe algo escrito por mí mismo y que se parezca lo más

posible á una *autobiografía*. Mi perplejidad empezó al llegar en su carta á esta palabra, que leí varias veces, restregándome otras tantas los ojos por si había leído mal.—¿Cómo haría yo para satisfacer su pedido sin limitarme á enviar á Vd. mi partida de nacimiento ni recurrir al expediente de inventarme una novela de aventuras, y cómo contestar, por otra parte, á su amabilidad, con el desaire de una absoluta negativa?

Si yo quisiera aprovechar la oportunidad para hacer una frase, y para declararme al mismo tiempo, libre de responsabilidad en el hecho de no encontrar en mi vida nada que merezca ser objeto de una revelación más ó menos interesante ú oportuna, adoptaría la solución de parodiar en esta carta un dicho famoso.—El poeta de las *Orientales* decía una vez á sus críticos: «No me habléis de lo que hubiera podido hacer, sino de lo que he hecho.» Volviendo la frase del revés y acomodándola á las exigencias de mi situación, yo, con igual énfasis, le diría: «No me pregunte Vd. por lo que he hecho, sino por lo que hubiera podido hacer.»—Todos los Bouvard y todos los Pecuchet del mundo se reservan el derecho de pensar que ellos hubieran podido ser unos grandes hombres, si hubieran nacido en tiempos menos difíciles y prosaicos que los que les han tocado en suerte. Cada pacífico burgués es libre de declararse atormentado por la *nostalgia de Grecia*, ni más ni menos que Enrique Heine ó Alfredo de Musset, con la segura convicción de que si hubiera vivido en tiempos de Pericles, hubiera sido un Sófocles ó un Fidias.



Dado, pues, que en punto á los acontecimientos narrables é interesantes de mi vida, sólo podría satisfacer decorosamente su curiosidad con esa disculpa vanidosa de no tenerlos, todavía me quedaría el camino de referirme en mis informaciones, no á la vida de los hechos, á la vida exterior, sino á la vida íntima, y darle fiel y exacta cuenta de mis cualidades, de mis defectos, de mis cavilaciones, de mis pareceres y mis gustos.

Pero ¿qué quiere Vd? este género de subjetivismo, que me parece tolerable, y aun delicioso, en labios de los poetas, antójaseme ridículo ó pedantesco cuando se le da por envoltura el tejido ordinario de la prosa.

No me propongo negar que las confesiones, las memorias los *diarios*,—todos esos géneros de literatura íntima que tan mal le parecen á Mr. Brunetiere, el antipático y discretísimo censor literario de la *Revista de ambos mundos*—sean, según alguien ha dicho, *delicado manjar muy gustado por los sibaritas del entendimiento*. Pero si los tengo por tal, es solo á condición de que procedan de quienes lleven dentro ó hayan realizado en su vida, algo que merezca la pena de ser sabido de los otros, y á condición, también, de ser absolutamente sinceros, ferozmente sinceros, con aquel grado de sinceridad que acaso no es legítimo ni razonable pedir sino al que escribe memorias que no han de darse á la publicidad, mientras el autor pertenezca al mundo de los vivos.

No me parece odioso el *yo* como á Pascal: lo que me parece odioso es el *falso yo* de las confesiones amañadas pensando en el efecto y adoptando la *pose* más conducente al visible fin de interesar como los Credos de ópera, hechos para ser cantados ante el público de los teatros.

Creo, pues, en el interés de las confidencias literarias, cuando ellas son ingenuas y cuando nos guían por los vericuetos de un espíritu escogido; no me parece que se pierda el tiempo refistoleando y sutilizando, con la porfía de un Amiel, en los propios *pensares de pensares*, cuando esto se hace con sagacidad y con gracia, pero me causa horror pensar en lo que podría llegar á ser este género de literatura personal el día en que se la declarara *puerto franco* y fuera fácilmente accesible para las tentaciones de la tontería.

¿Cuál es, pues, el medio que me queda por ensayar para complacerle?

Aun podríamos salir del paso, planteando Vd. y contestando yo uno de esos cuestionarios inocentes en los que la indiscreción se limita á avenguar del interpelado cuál es su color favorito, cuál es la flor y el manjar que más le gustan, en qué país desearía habitar, qué autor es el de su predilección.



lección, etc., etc. Pero como de todas las maneras que pueden idearse para hablar de sí mismo, ésta me parece la más tonta, renuncio á aprovecharla como la solución de mis dudas y la reservo para cuando haya de llenar una página de álbum.

En suma: que por esta vez se queda Vd. sin autobiografía, ni confesión, ni prosa *confidencial* ó *subjetiva*, ni cosa que lo valga, ya que no hallo camino de cumplir de razonable manera los deseos de Vd.

Otra razón, justificativa de mi excusa, se me ocurre, para el caso de que me resolviera á pasar por alto las dificultades de alguno de esos medios de complacerle. Y es ella que, aun dando por cierto que yo no merezca figurar en la categoría de vulgo literario, ¿sería éste suficiente motivo para que alguien encontrara interés en lo que yo me arrojará á decir de mí?

Piense Vd. en que abundan las gentes para quienes nuestra afición á ocuparnos en asuntos de literatura significa sólo un pasatiempo, un entretenimiento inofensivo; una manera de llenar los ratos de ocio, comparable al billar, al ajedrez, al juego de damas, ó á la resolución de charadas ó logogrifos. Escribir bien es, pues, una habilidad que en concepto de muchas gentes doctas y serias, y aunque ellas no lo digan, no debe de exceder en mucho á la que cabe demostrar aplicándose á cualquiera de esos juegos. Y yo todavía no sé que, por voraces é insaciables que sean la curiosidad y el espíritu investigador de nuestra época, por increíbles que sean los extremos á que haya llevado esa universal manía de la *información* que Pompeyo Gener clasifica entre las grandes neurosis contemporáneas, ellos hayan llegado nunca hasta pedir que sean sometidos á una *interview*, para obtener la revelación de sus cosas íntimas, un ajedrecista distinguido, un hábil aficionado á juegos de ingenio, ó un buen jugador de carambolas.

¿No le parece á Vd., amigo mío, que con todo lo dicho se halla suficientemente justificada mi excusación y que debe Vd. perdonarla con su habitual y generosa benevolencia? En caso necesario puede Vd. hacer uso de esta carta, presentándola como una prosaica imitación del soneto de Violante, en la que se trata de los medios de escribir una autobiografía y se concluye por no adoptar ninguno.

Deseo á LA CARCAJADA la resonancia y la duración inextinguible del reír de los dioses; y me suscribo de Vd. afectísimo colega y amigo.

José Guispe Rodó

